

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

92

ANTENOR ORREGO
**LA CONFIGURACION
HISTORICA
DE LA CIRCUNSTANCIA
AMERICANA**



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

ANTENOR ORREGO
LA CONFIGURACION
HISTORICA
DE LA CIRCUNSTANCIA
AMERICANA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

ANTENOR ORREGO (1892-1960) ideólogo peruano el cual parte como otros muchos, del ideologismo indigenista que representó Manuel González Prada (Cf. Latinoamérica 29), retomado por José Carlos Mariátegui (Cf. Latinoamérica 34), Víctor Raúl Haya de la Torre (Cf. Latinoamérica 65), Luis Alberto Sánchez (Cf. Latinoamérica 87), tomando otras expresiones en la Revolución militar peruana (Cf. Latinoamérica 80). Orrego escribe trabajos como *El pueblo Continente*, el que expresa sus ideas sobre lo que los apristas llamarían Indoamérica. Orrego , encuentra en el APRA la expresión práctica de sus ideas sobre esta América convirtiéndose en uno de sus líderes e ideólogos. Respecto a Europa, al pasado europeo llegado con la colonización y la conquista dice, “Lo que ha sido y lo que es aún vivo, orgánico y flexible en Europa, acaba por cristalizarse y desintegrarse en América. En este sentido he afirmado que Europa viene a morir en ultramar; que América es el apogeo de las fuerzas que organizan la vida europea, para tomarse en humos, en limo, que recobra su potente y plasmante energía vital”.

América recibe el impacto europeo y lo hace suyo para transformarlo, con sus propias energías, en un nuevo poder. De la desintegración de este encuentro surge el caos, el cual será el punto de partida del nuevo poder y una nueva estructura vital. El pensamiento de Orréga se expresa en una filosofía de la historia; una filosofía que tiene también su expresión en Víctor Haya de la Torre. El trabajo que publicamos da una idea de esta interpretación americana de la historia y de las influencias que este filosofar ha encontrado.

Antenor ORREGO

LA CONFIGURACION HISTORICA DE LA CIRCUNSTANCIA AMERICANA

1. *La referencia intuitiva*

León Froebenius, el gran investigador de las culturas africanas, tuvo, sin duda, un acierto genial cuando expresó que la raíz o germen primordial de las civilizaciones hay que buscarlo en la emoción o sentimiento concreto de un pueblo, raza o tribu determinados ante la naturaleza o ante el conjunto total de la vida. Este sería el arranque creativo y germinal de las culturas que Toynbee llama el principio de la *uniformidad en la naturaleza*, aplicado a la génesis y desarrollo de las sociedades humanas. Este sería igualmente el instrumento anímico y espiritual de lo que Bergson denomina el *elan vital*, el impulso que transforma las sociedades *estáticas* primitivas en sociedades *dinámicas* o creadoras de *civilización* (*Las dos fuentes de la moral y de la religión*), y que el historiador inglés mencionado incorpora a su concepción de la historia humana.

Este momento creativo o de alumbramiento colectivo contraponiéndose a las incitaciones del contorno: humedad, sequedad, bosques, recursos alimenticios, calor, frío, régimen fluvial, montañas, llanuras, mesetas, etc., es decir, todos los accidentes geográficos y climáticos, según los casos, serían los factores principales que determinarían, como *respuestas* a las diversas *incitaciones*, la efigie o semblante de las distintas culturas originales. Para las otras culturas por irradiación o con parentesco, que el historiador aludido llama *por difusión* y que se refiere a las influencias o impactos con otros pueblos, habría que tener, también, en cuenta el contorno humano, vale decir, los gérmenes culturales de civilizaciones anteriores, los *cidevant*, que han ejercido tanta influencia en el proceso histórico (Toynbee, *Estudio de la historia*).

Según la concepción froebeniana, la expresión racional de una cultura, la ciencia teórica, la técnica masiva, la filosofía, el arte de gran estilo y la religión superior con su estructura teológica sólo vendrían mucho después, en etapas sucesivas de desenvolvimiento, cuando las culturas inician sus estadios de maduración. Empero, el carácter principal reside en esa intuición sensible o *estética* —para usar la expresión de Kant—, en esa emoción primigenia, en ese despertamiento o pasmo primordial que se apodera de un pueblo —que nunca es de ello consciente colectivamente, y que sólo lo es para ciertas perso-

nalidades excepcionales y despiertas, *elementos dinámicos*, en los momentos más decisivos de su desarrollo— que lo *ase* y lo posee como una obsesión de asombro deslumbrado, a lo largo de su existencia cultural o de ciertas etapas considerables de su historia.

Si esta concepción es cierta —como lo es a juicio del que esto escribe— esta emoción primordial es la clave para comprender en su profundidad y significación histórica, la configuración, misión y alcance espiritual de una cultura. Así, por ejemplo, Keyserling, glosando la intuición de Froebenius, escribió una página significativa: "...la verdadera historia, dice, de las civilizaciones humanas no progresa de concepto en concepto, sino de emoción en emoción. Los conceptos por medio de los cuales el hombre se hace dueño de la realidad son expresiones últimas de un sentimiento de la vida que le es preexistente; todo lo que puede ser explicado *a posteriori* como idea directriz o principio soberano se manifiesta primero como expresión involuntaria e incomprendida. Tal o cual lado de la realidad "ha asido" a tal especie humana determinada, sea en una serie de sentido único, como el tiempo, sea periódicamente, sea de paisaje en paisaje, y la *asia* con la fuerza irresistible de una verdadera obsesión. De la calidad específica de la emoción o impresión experimentada resultará la forma particular de una civilización dada".

"Es así como los hombres han sido 'asidos', impresionados por el símbolo del animal, la planta, el sol, la luna, por la imagen de la naturaleza creadora o un más allá espiritual vivido como realidad (tal el caso de la India). Una vez *asidos*, se hacían incapaces de tener la experiencia de lo que sea de otra manera que partiendo del estado de obsesión así creado. Esta obsesión, esta 'posesión' —empleo el término en el sentido en que la Edad Media decía 'posesión' por el Maligno— si llegaba a cesar, al punto todas las formas particulares de la civilización basada sobre ella perdían sus raíces vivientes. Además, en manera muy destacada los hombres se encuentran separados por países, por climas que expresan sentimientos diferentes de la vida: se ha establecido, por ejemplo, que desde la época paleolítica ha pasado sobre los Vosgues una frontera inmutable entre dos sentimientos inmutables de la vida..."

"El último *asimiento* que ha conocido la humanidad occidental se ha debido a los *hechos*. Pero a partir del siglo XIX fueron notados con una exclusividad que no tenía más precedente que aquél con que se habían beneficiado antes las relaciones mágicas. Esta posesión por los solos hechos —posesión exactamente del mismo orden que toda otra posesión, y no una progresión espiritual definitivamente consolidada— es lo que explica el extraordinario dinamismo de la era técnica, pe-

ro, que cese esa posesión y cesarán al punto de ser presentados los problemas según las fórmulas que el siglo XVIII fue el primero en llevar a la primacía”.

“Los romanos del paganismo fueron, también, evidentemente, ‘asidos’ por el *pathos* del don total de ellos mismos a la cosa pública. Pero, como hombres-águilas puros no fueron ‘asidos’ más que en el sólo sentido objetivo” y en resumen el fin principal, hacia el cual se orientaron, fue la política. Es porque la cuestión de un asimiento (emoción) personal se les presentaba menos a ellos, muy probablemente, que a cualquiera otra especie humana que haya desempeñado un papel en la historia. Por esta razón el estoicismo era la última palabra de su filosofía”.

En cambio, la impulsión dada por Cristo provocó una acentuación repentina, muy exclusiva, además, del símbolo situado rigurosamente en las antípodas del águila romana... *Cristo instauro en valor supremo el asimiento (emoción) como tal bajo el siglo de la veracidad*”. (*Del sufrimiento a la plenitud*, por Hermann Keyserling)”.

II. *La antorcha de un mundo*

Empero, el mundo ha entrado ya en un nuevo capítulo de la historia. Nos encontramos sumidos en una crisis total que alcanza a todos los ámbitos de la vida humana. Pero, nos encontramos también en el dintel de un renacimiento en que han comenzado a emerger y ensayarse las nuevas estructuras que configurarán la más inmediata y cercana convivencia histórica. Todo hace creer que la gravitación de los nuevos acontecimientos está oscilando hacia América, que habrá de constituirse, en el transcurso de los próximos siglos, en el epicentro de la nueva irradiación histórica hacia el mundo, como lo fue antes Europa. Vale meditar un poco sobre esta realidad que ya parece perfilarse con inequívoca claridad en el escenario que tenemos a la vista.

En el frontispicio de esta modesta faena, capitaneando con su inspiración el desfile de estas abigarradas meditaciones, evoquemos —yo y tú, lector— esa titánica figura de Manhattan que, hacia 1850, se levanta en América. Es el estandarte, el oriflama espiritual de un mundo que adviene y que se pregona en su verbo de luz. Casi huelga inscribir este nombre: *Walt Whitman* que debía trazarse con signos letíficos de fuego porque es la alegría renacida de la vida en toda su plena y jocunda reverberación. Diríase uno de esos *Gurús* planetarios que vienen, según las arcaicas tradiciones hindostanas, a iluminar y guiar a los pueblos cuando se disponen a trasponer una nueva etapa de su evolución histórica. Este gran aeda fulgurante re-

comienza, otra vez, la función palingenésica de los vates antiguos y rebasa todos los raseros y medidas filosóficas, literarias, morales, retóricas, legales y académicas de su época. Para expresarse y propalar su mensaje refulgente tiene que forjar su propio lenguaje porque el tradicional, el materno, está cargado de moho consuetudinario, de oxidación histórica. Durante cuarenta años trabajará sus palabras, como en un yunque de Vulcano, para alcanzar las modulaciones exactas de su acento revelador. Fragua un verbo potente, excesivo, desnudo como su alma, deliberadamente informe, elástico y dúctil, cual el látigo cimbreante y detonante de las praderas que conduce manadas de bison. Quere una herramienta crepitante de porvenir que essgrima poderosa capacidad germinadora, como la voz inaudita de una tierra virgen que necesita plasmar, en formas recién nacidas, el prodigio de su peregrina, ingenua y trémula plasticidad vital.

Pero, no es sólo la voz de América —hay que reiterarlo—, es, también, la voz anunciadora de una época del mundo que habría de advenir para el hombre siglos después. Voz que estaba en potencia en todo el planeta y que había comenzado ya a irradiarse, como realidad histórica, desde el Nuevo Mundo. Cuando el poeta inicia su canto no hace sino articularlo y darle prestancia estética grandiosa. El Nuevo Continente había vivido ya, años antes, la gesta de su liberación y esa voz había sido pregonada por los libertadores desde esta orilla de la historia en que clareaba el porvenir del Universo. Por eso, conmueve a toda la tierra y la poesía de Whitman se vierte a todas las lenguas, como un evangelio de salvación humana. Ningún hombre nació tan enamorado de la vida en su integral plenitud. Estremece a las masas, a los niños, a los campesinos, a los obreros y a las inteligencias más agudas, cultivadas y sensibles de su siglo. Nietzsche se enfervoriza con la potencia vital de este verbo y hay un hálito inconfundible en la interlínea de *Así hablaba Zaratustra*. Es un alma unigénita, un corazón orbital que ama y anuncia un mundo. A su lado, todos los demás poetas de su tiempo parecen provinciales, domésticos, regionales. Es el poeta y la encarnación precursora más vívida de la unidad universal y de la *conciencia cósmica* que comienza a alumbrarse como alborada en el hombre contemporáneo. Es el escorzo viviente de muchos siglos. Escuchemos algunos de sus pensamientos que fulgen como irradiaciones de aurora y que nos acompañarán con su resplandor en todo el curso de este trabajo:

Soy fuerte y sano.

Por mí fluyen sin cesar todas las cosas del Universo

Sé que la órbita que describo no puede medirse
con el compás del carpintero;
que no desapareceré, como el círculo de fuego,
que traza un niño en la noche con un carbón encendido

Venid, yo haré indisoluble el Continente
Yo haré la más espléndida raza bajo el sol

Creo que una hoja de hierba es tan perfecta
como la jornada sideral de las estrellas

Aquí voy,
transportando el niño en creciente que lleva entera
a su propia madre en las entrañas

Yo lanzo las semillas de las repúblicas augustas
Yo no tengo silla, ni iglesia, ni filosofía
yo no conduzco a los hombres
ni al casino
ni a la biblioteca
ni a la Bolsa...
Los llevo hacia aquellas cumbres altas.
Mi mano izquierda te tomará por la cintura,
con la derecha te mostraré paisajes del continente
y del camino abierto.
Nadie, ni yo, ni nadie, puede andar este camino por ti,
tú mismo has de recorrerlo.

No hay otro oficio o empleo que aquél que enseña
al mozo a ser héroe

Y por blando que sea un objeto, puede ser un día el eje
en que descansa la rueda del Universo

...he dicho por ti y por mí,
que la muerte no existe,
que el mundo no es caos
que es forma,
unidad...
plan... Vida Eterna... ¡Alegría!

(“Hojas de hierba”, fragmentos del *Canto a mi mismo*).

III. *Hacia una conciencia cósmica*

La concepción spengleriana de los círculos culturales cerrados, sin posible transferencia hacia los otros y sin ninguna irradiación fuera del riguroso precinto de su desarrollo biológico, desemboca en un absoluto histórico inadmisibles. Precociza un férreo y dogmático determinismo en el desenvolvimiento de los diversos procesos culturales. En una concepción de tal naturaleza no hay sitio para el despliegue de la libertad creadora del hombre. La falsedad y angostura de una visión semejante de la historia ha sido puesta en evidencia por las más recientes investigaciones, especialmente por el trabajo monumental de Toynbee en su *Estudio de la historia*. Pero, hay, además, una razón de otra índole que corrobora este juicio. La concepción spengleriana contradice una realidad que parece fundamental en el ser del hombre y que la vemos manifestarse en la entera perspectiva histórica: *su capacidad ilimitada de comunicación con los demás seres humanos y, en principio, con todos los otros seres de la creación, en determinada medida*. Esta necesidad o exigencia primordial tiene su fundamento en que el hombre no puede llegar a conocerse y realizarse integralmente, a constituirse en conciencia alumbrada de sí mismo sino volcándose en los otros seres y recibiendo, a su vez, el flujo torrencial de las esencias ajenas.

El completo esclarecimiento del hombre como hombre, para sí mismo y para los otros, sólo se trueca en realidad concreta por virtud de una comunicación ambivalente. De esta suerte, la mónada individual vese obligada a desgarrar su impermeable espesura, a desplegarse y abrirse como existencia. Más, ésta no puede concebirse solitaria, anclada en un vacío insular y denso, sino como *co-existencia* permeable y activa en las demás existencias. La co-existencia se resuelve siempre en alguna forma de amor, desde la más simple y primitiva, en variada escala, hasta la más elevada y delicada de sus formas y aun aquellas que asumen una relación negativa, como el odio y la pugna que, a veces se traduce, en comunicación creadora. Sólo así el hombre llega a constituirse en integral sustantividad humana, que significa incesante intercambio dramático de su vida con las otras vidas. Si se le suprimiera esta permanente red de comunicación y enlace, instantáneamente habríase convertido en una cifra muerta, como clavada en un témpano inmóvil, en medio de la fluencia vital que lo circunda. Quiere decir esto, que la esencia del hombre no es nunca un algo fijo y concluso, sino, más bien, la permanente y tibia fluidez de una mancomunidad recíproca.

Tal exigencia insoslayable de comunicación se revela, con particular claridad, en la presencia del lenguaje. Tan pronto

como el hombre consume el primer salto portentoso hacia sí mismo desde su mera y exclusiva naturaleza animal, aparece, también, el vehículo de la palabra, como escolio simultáneo o correlativo, como testimonio fehaciente de tan vital y decisiva hazaña. Es inconcebible una auténtica existencia humana que estuviera privada, en absoluto, de articular y entender vocablos porque el lenguaje es uno de los instrumentos insustituibles en la plasmación de su ser individual. Y este instrumento le es de tan opulenta utilidad y de tan sutil y flexible poder expresivo que es capaz de transmitir a su conciencia las más hondas, abismáticas, multiformes y luminosas modulaciones de la vida universal. Se hace el elemento, por excelencia, de su comprensión multifacética, y su razonamiento no encuentra otro canal más vivo que la palabra misma que lo conduce, a veces hasta confundirse con él. Se piensa en rigor lógico y con diáfana y ordenada inferencia discursiva únicamente pensando por medio de palabras. “Sólo un producto verbal permite a los hombres —dice un pensador— sentir vivazmente su interioridad, sus modos de ser, sus impulsos”... El lenguaje es un instrumento que siempre está abierto a su propia transformación dinámica, hacia un perfeccionamiento que nunca alcanza su término, precisamente como la misma esencia del ser humano. Tal es su cambiante virtualidad, su asombrosa fluidez taumática, que el hombre nunca ha podido alcanzar una explicación satisfactoria de su génesis o de su origen y ha dicho, por decir algo sobre lo inexplicable, *que es un obsequio gratuito de los dioses.*

A este objetivo supremo de comunicación tenderá en el hombre su íntegro quehacer vital. Este será el sentido subyacente y recóndito de toda la obra creada por su inteligencia, vislumbrada por su iniciativa, elaborada por la habilidad de sus manos. Esta urgencia esencial se hará singularmente ostensible en las creaciones de la cultura: en la ciencia, en el arte, en la filosofía, en las múltiples estructuras de la acción social y del trabajo humanos.

Hay, además, un hecho básico sobre el cual es necesario proyectar nuestra más aguda y concentrada atención. Un hecho que, por su tremenda gravitación en el destino humano, revela su medular, trascendencia: *la prehistoria se hace historia, es decir se convierte en saber positivo y constante, en materia de meditación coordinada, en conocimiento reflexivo, sólo desde el momento en que aparece la tradición.* La presencia de la tradición significa que el hombre posee un fondo acumulado de representaciones y de recuerdos que puede ser objeto de irradiación hablada, un acervo articulado de imágenes para ser transmitido al futuro como patrimonio valioso y hereditario de comunicación verbal. Quiere decir, que sin esta raíz primi-

genia, sin este designio comunicativo que reside en el estrato más hondo del ser humano, la historia nunca habría empezado. Tampoco habría intervenido el hombre, como fuerza impulsora y creadora, en el proceso cultural a través del cual ha realizado y profundizado su propia vida. Se puede expresar la fertilísima significación de tal hecho histórico, diciendo *que el hombre ha tendido, desde el más remoto pasado, a salir del encastamiento ciego y solitario de su yo, arrastrado por el designio indeliberado de alcanzar su participación total, como conciencia, en el Universo entero.*

Esta apertura incesante del hombre ha venido realizándose en expansiones sucesivas de su ser a lo largo de la historia. Vale decir, en dilataciones diversas y complementarias que han ido paulatinamente enriqueciendo su conciencia personal. Por este camino únicamente puede esperarse que un día lejano logre la experiencia integral, prismática de la Vida en todas sus facetas. Sólo de este modo podría obtener su máxima apertura, su despliegue en una conciencia iluminada de totalidad universal, en la plenitud de *una conciencia cósmica.*

Empero, la atribución de este designio o finalidad subyacente, al proceso cultural humano, tomado en su conjunto, en su implicación, última, sería, nada menos, que la concepción de la historia como instrumento de trascendencia del ser del hombre. Así lo pensaba San Agustín y Hegel. Así lo piensan, también, algunos pensadores actuales. Karl Jaspers, por ejemplo, nos dirá: que "por virtud de la historia el hombre ha llegado a ser *el ser que trasciende sobre sí mismo. Sólo en la historia ha alcanzado su alta tarea. Sólo en la historia se desarrolla lo que propiamente es el hombre. (Origen y meta de la historia).*

Esta apertura máxima hacia la conciencia de la totalidad sólo la han alcanzado, hasta ahora, algunas de las más poderosas y ricas personalidades de la humana progenie. Pero, la han alcanzado por la sola virtud excepcional de sus dotes individuales. Constituyen, por eso, casos aislados, raros, que son como los adelantados o precursores que anuncian una meta lejana. Para que la mayoría de los hombres den los primeros pasos conscientes y, si se quiere, voluntarios, en este sentido trascendente, sería necesario que se produjera una determinada madurez espiritual en la gran masa de los hombres vivientes. Además, sería menester, también, una situación histórica concomitante que fuera capaz de forjar cierta estructura técnica de comunicación y contacto humanos que facilitara esta impulsión suprema del individuo. Semejantes condiciones favorables para una dilatación de la conciencia del hombre en general, parecen columbrarse ya en la inmediata configuración del mundo. La red de intercomunicación mundial, puede decirse, que es una realidad consumada. Lo mismo, la subse-

cuente disposición espiritual de la masa humana a consecuencia de la tremenda y dolorosa crisis radical en que están debatiéndose ahora todos los pueblos y que ha roto sus limitaciones anteriores que impedían, en el alma del hombre, las infiltraciones de nuevas realidades y experiencias vitales. Examinemos, someramente, algunas de las indicaciones que surgen a la vista del observador contemporáneo y que parecen justificar una tal concepción optimista.

Ciertamente, es imposible afirmar la unidad de la civilización humana, con respaldo probatorio suficiente, a través de las diversas, poliformes y antinómicas fisonomías con que se ha presentado su desenvolvimiento cultural en las distintas agrupaciones históricas que conocemos. Sería menester, para lograrlo, una explicación demasiado abstracta, vaga y artificiosa que no engendraría jamás un macizo convencimiento. Contentémonos con señalar y analizar, en sus grandes y panorámicos lineamientos, la presencia de un hecho insólito, desconocido en el pasado de la humanidad y que encierra henchidas resonancias para el futuro del hombre: el surgimiento en nuestros días de *una cultura con efectiva realidad universal*, con total sentido ecuménico, mundial, planetario. Si fuéramos a buscar una causa inmediata y directa de tal hecho, que emerge de las condiciones que se han creado en la *etapa técnica* que vive el hombre contemporáneo. Como uno de los resultados característicos de esta etapa habría que señalar el acrecentamiento de *los medios de comunicación* que posee el hombre de hoy en un grado tal que jamás soñó poseer el hombre de las culturas anteriores. Se ha reducido la distancia física, el espacio geográfico, en tal escala que dos puntos extremos del planeta se enlazan en poquísimas horas. Los acontecimientos, los hechos culturales, los descubrimientos científicos que ocurren en uno o varios lugares se transmiten en todas direcciones y llegan a nosotros con un carácter casi simultáneo. Mas, no sólo se ha acercado el ámbito geográfico, sino también el tiempo histórico, la distancia psicológica y anímica. La comprensión de las civilizaciones más remotas por el hombre contemporáneo gracias a la investigación científica, ha logrado un horizonte tan dilatado que nunca poseyó el hombre de las otras civilizaciones. Hoy sabemos, por ejemplo, de la vida egipcia y de los comienzos de Grecia, mucho más que los griegos mismos. Nuestra mirada se ha ampliado hacia el pretérito en una perspectiva de varios milenios.

La presencia de este *hecho universal* que abraza todo el ámbito del mundo, la constatamos por una visión inmediata y directa, por una certeza que asume carácter indiscutible de evidencia empírica. Tenemos, además, la convicción que comienza un proceso nuevo que está forjándose en el seno convulsivo

de la actual crisis histórica que tiene un carácter radical y profundo. Vemos también, con claridad, que la salida de esta encrucijada no puede ser otra que el surgimiento de un distinto tipo espiritual de hombre, que el antiguo, y la articulación de una nueva configuración ecuménica del mundo, en el sentido jurídico, moral, social y político, que ya se vislumbra.

Al lado de este hecho resaltante, todas las culturas anteriores se nos aparecen como unidades y realizaciones pequeñas, circunscritas, simples agregados de historias locales. Los *estados universales* de algunas culturas del pasado, de que nos habla Toynbee, son segmentos culturales reducidos, angostas áreas históricas que no pueden compararse con la universal y grandiosa amplitud cultural de la época contemporánea. La *ecumene* romana es un juego de niños si la contrastamos con el dilatado formato geográfico y con la universidad cultural de nuestros días. Por primera vez podemos hablar sin vacilaciones de la unidad de la historia humana.

Es digno de notarse la presencia constante de la necesidad o exigencia de comunicación, como fuerza configuradora, en los momentos en que el hombre alcanza los estadios decisivos de su crecimiento interior e histórico. Aparece en el formidable salto de la naturaleza animal a la naturaleza con el lenguaje. Luego, surge cuando la prehistoria se convierte en historia con la tradición, que no es sino, como hemos visto, comunicación verbalizada de hechos y recuerdos hacia el futuro. Y, por último, emerge en el trance histórico decisivo en que se dibuja el rumbo de una transformación radical. En esta coyuntura, el fenómeno de la comunicación alcanza un desenvolvimiento cabal en todas sus posibles dimensiones: en la amplitud geográfica que vuelve contiguos y simultáneos los lugares y los acontecimientos hasta confundir el espacio y el tiempo actuales en una sola dimensión inseparable y en la amplitud del tiempo histórico que acerca milenios hacia nosotros y que tiende a reproducir, en un solo acto de conciencia, el pasado lejano con el inmediato presente que estamos viviendo. Como signo visible de esta realidad nueva, una admirable estructura física y tangible de medios de contacto y enlace que ha creado la técnica con los múltiples y maravillosos recursos que ha puesto la ciencia en sus manos.

Empero, no sólo se ha reducido el espacio geográfico y el tiempo histórico, vale decir la extensión territorial y la perspectiva cronológica de la tierra sino que hay, además, la tendencia a fundir el espacio y el tiempo en una sola unidad de medida. Hoy, ya apreciamos, de hecho, las distancias en transcurso de tiempo. Así, suele decirse, que entre tal o cual punto geográfico hay tantos minutos o tantas horas. Tal uso está ya incorporado a nuestros hábitos cotidianos. Es muy importan-

te, en consecuencia, esta substitución del espacio por el tiempo, lo cual significa, en realidad, la desaparición o eliminación del espacio de la sensibilidad humana, como si fuera una simple abstracción. El espacio ha sido arrojado del recinto de la tierra, no cabía, diríase, su fijeza ingénita en un mundo en que todo se moviliza con feérica celeridad, en que el minuto no transcurre solamente sino que, infundido de una extraña y sátnica geofagia, se come la distancia, se nutre de su entraña y, cual gusano famélico, va devorando la tierra de su camino. El espacio está en el ostracismo. Ha sido arrojado del contacto de los hombres y condenado al exilio del vacío sideral como simple y humilde lecho de las estrellas. El tiempo —y esto es lo más importante de la nueva época— ya no es expresión sólo de cantidades y magnitudes, se ha convertido en cifra cualitativa y se ha escapado del espacio tridimensional, donde lo tuvo aprisionado el hombre por varios milenios. Su libertador, Alberto Einstein, le ha devuelto su categoría original y lo ha incorporado a la cuarta dimensión, donde ha ido a aposentarse más cómodamente arrastrando consigo al espacio.

Sin embargo, hay, también, otras dos características del universalismo mundial de esta época en las que es preciso reparar con prolija atención.

En primer término, el mundo actual se ha interiorizado porque ya no existe ningún *afuera* que rebase su ámbito. Propiamente, las fronteras psicológicas y culturales de los pueblos han desaparecido con la universalidad y unidad de la cultura. Ahora, el mundo es todo *dentro*, intrínseca entraña, sin casi periferia discernible, sin *exterioridad*. Nada hay que pueda llamarse externo en su realidad, si miramos ésta estrictamente con el rigor de nuestra escala planetaria terrestre. Diríase que lo *fuera* de la tierra se ha esfumado de nuestra percepción, como arrebatado por la varita teúrgica de un mago travieso. O que el velo de Maya de la metafísica hindostana, que nos lo hacía ver como realidad, hubiérase desgarrado, con repentina preteza, permitiéndonos ver la ilusión engañosa que era. De súbito, hemos perdido la dimensión de lo *extraño*, casi sin darnos cuenta del tamaño de su ausencia.

En adelante, toda ampliación de nuestra vida, cualquier desarrollo de nuestra actividad y la menor indagación de nuestra mental curiosidad se han revertido en sentido contrario del que tuvieron para el hombre de otras épocas. Se acabaron las narraciones fascinantes de Marco Polo, las revelaciones apasionantes y misteriosas de parajes desconocidos que enardecían la aún fresca y edénica fantasía del hombre y se esfumaron las bizarras hazañas y el latrocinio heroico de los piratas atrevidos en mares lejanos, con que las abuelas nos dormían cuando en la tierra había espacio todavía. Desde hoy todos

nuestros descubrimientos tenemos que hacerlos en sentido vertical, hacia *dentro*, en profundidad. La superficie, lo horizontal, lo plano, la extensión han desaparecido de la órbita de nuestra indagación y, por lo tanto, de nuestro conocimiento.

Cuando el mundo estuvo dividido en pequeñas unidades históricas, entonces tuvieron sentido lo *adentro* y lo *afuera*, lo *interior* y lo *exterior*, contrapuestos el uno al otro porque se miraba la realidad desde los puntos de referencia que eran las fronteras de las diversas zonas culturales. Ahora, no. Sólo tenemos un mirador desde el cual se lanza la visión humana, como un venablo encendido, hacia el corazón del planeta, hacia la inmensidad insondable y profunda del Cosmos en las galaxias o hacia el abismo, también insondable, del alma. Lo provincial y lo restringido culturalmente, han muerto, en definitiva, para bien o para mal del hombre. Ahora no hay sino lo *dentro*, lo *interior*, el *meollo*, el *núcleo*, la hendidura del átomo. Es como, si de pronto, se hubiese volcado la entraña que reside en el vértice invertido de la sima para aflorar hacia arriba. No se sabe si allí podrá encontrar el hombre la luz suprema que busca, pero el mundo está celebrando los funerales de la superficie.

Hay, además, otro semblante, no menos sugestivo y no menos cargado de significación en esta realidad que hemos comenzado a vivir. En la actualidad, la vida universal es absolutamente dinámica, cambiante y movidiza. Es, íntegramente; fuerza torrencial del minuto. Antes el campo de nuestra experiencia o de nuestra observación podíamos segmentarlo en meses, en años, en lustros, en décadas, porque no veíamos sino las líneas generales de la superficie, las vastas extensiones de los panoramas. Se nos escapaba la ingente riqueza del detalle en su sentido vertical, la alucinante revelación puntual de la hondura, el misterio de lo real en profundidad. La realidad de hoy, en su perfil de creación, ya no es la de ayer, ni lo será la de mañana, en todo orden y jerarquía de cosas. Es volátil y deviene con una presteza que ahoga al tiempo y yugula al reloj. Entre minuto y minuto ha proliferado un universo, cuyo suceder galopante no puede medir la aguja horaria. Ya no hay causalidad rígida e invariable. No tenemos ya certeza mecánica, ni seguridad determinista. Los antiguos conceptos de materia y energía se han volatizado y sólo nos quedan relaciones moleculares y atómicas, cambiantes estructuras orgánicas que varían en centésimas de segundo, dramatismo vital que sólo se traduce en probabilidades. Sólo hay probabilismo, las leyes estadísticas de los grandes números, certeza y seguridad fugaces que jamás se vuelven fijas y rígidas. Como nunca es el imperio de la libertad creadora, no sólo en el hombre, sino también en la naturaleza. Realidad de tan dinámica estir-

pe que se esfuma, como una voluta rauda, cualquier matiz característico del acontecimiento si no lo captamos de inmediato y clavamos nuestra mirada en su entraña con celeridad y penetración aquilinas. Es que estamos en una etapa en que el hombre se traslada en aviones supersónicos y sus ojos y oídos reciben imágenes y sonidos que traen las ondas electrónicas de todos los confines del Universo. En el futuro, esta aceleración será mayor todavía porque estará al servicio del hombre, la energía nuclear del átomo. Tendremos que abolir nuestros relojes de precisión y fabricar otros aparatos más sensibles y de estructura más fina. Las profundidades del alma humana y las poderosas energías que aún duermen en ella constituyen una esfera totalmente desconocida para el conocimiento y el pensamiento del hombre. La ciencia ha dominado las energías mecánicas, físicas, horizontales, superficiales de la naturaleza, pero la vida, con su abismal y complejo misterio, se le ha escapado siempre.

La ciencia en su rebusca patética de lo desconocido sólo ha encontrado el espíritu como residuo. Cada vez el arcano se amplía y aleja, como un espectro evasivo que deja un gajo de verdad para alimentar a los hombres y se escapa por la escotilla del enigma. El escritor chino Lin Yutang nos dice: "El científico golpea y la puerta se niega a abrirse; en el momento en que está al punto de descubrir el secreto de la vida, se cierra completamente. Persiguió la materia y la perdió en el electrón; persiguió la conciencia y la perdió en las ondas eléctricas cerebrales".

Casi es paradójico, que la unificación de una tierra sin superficie y sin espacio haya traído mayor riqueza vital en vez de angostarla y empobrecerla. Hay en el presente, más profusión de tensiones biológicas, mayor escala de polaridad psicológica, más copiosa proliferación de misterios, más frondosa abundancia de interrogantes que reclaman respuestas claras de la inteligencia humana, que en la multiplicidad horizontal de antaño y en la diversidad de las fisonomías culturales antiguas. La razón de este fenómeno que nos sorprende es que el hombre ha comenzado a palpar la dimensión de su profundidad en la que está ubicado, para toda forma de vida, el hontanar de su revelación original.

El mundo es más fecundo hoy en aspectos significativos y trascendentes porque se ha hecho más henchido y dinámico en la dirección de sus raíces primordiales. Necesitamos una conciencia más flexible y más abierta hacia una iluminación integral, que la de antes para dominar y comprender esta realidad compleja que surge ante nosotros. Cada hecho histórico, cada gesto, cada pensamiento, cada iniciativa del hombre contemporáneo se desprenden desde zonas más profundas, más per-

pendiculares a su hondura, más verticales a la vida y necesitan tensiones mayores para realizar una expresión más adecuada y cabal de sus significados, una más rápida intensidad vibratoria para abrazar y dominar todo su ámbito interno. Si quisiéramos una frase epigráfica breve que expresara este *estado de hecho* de la vida contemporánea y de la que advendrá en los próximos siglos, nada mejor que el título del famoso soneto del poeta Vallejo: *Intensidad y altura*. La esencia de toda profundización humana e histórica sólo se produce en estas dos dimensiones vitales, es decir, por la velocidad de sus frecuencias que es la intensidad de pensamiento y de impulso biológico, y por el nivel, el volumen tonal de su expresión, que es su altura, su formato vital.

De todas estas consideraciones fluye, como lógica y natural derivación, el perfil de una situación histórica que nunca pudo surgir antes. Significa la posibilidad de que el hombre pueda dar los pasos iniciales para el enfoque de su conciencia en la plenaria totalidad del mundo. Los resultados más avanzados de esta apertura máxima de sí mismo, no puede lograr el hombre de un solo golpe. La ley que rige para la iluminación física o puramente fisiológica, rige también para la iluminación interna, es decir, que se produce por grados por sucesivas adaptaciones orgánicas. Cuando una pupila sumida en la oscuridad readquiere su facultad de visión tiene que hacerlo por grados, so pena de romper su facultad sensitiva de absorción lumínica y caer en la ceguera definitiva. Lo mismo ocurre en la visión interna. Ahora se trata sólo del comienzo de una etapa histórica, cuya trayectoria abrazaría muchísimos siglos, acaso milenios. Se trataría de sucesivos e innumerables despliegues en el campo enigmático de lo desconocido: en el arte, en la ciencia, en el pensamiento, en la acción, en la experiencia vital del hombre. Sería una época absolutamente distinta a las anteriores y con una tarea específica que no tendrá parangón con éstas.

No es aventurado decir, que precisamente, esto es lo que ha estado buscando el hombre, sin saberlo, a través de todas las culturas históricas que hemos visto desplegarse ante nosotros. Esta máxima apertura significaría que el pensamiento y la acción humanos, habrían comenzado a orientarse conscientemente hacia una meta grandiosa. Una apertura que determinaría la iluminación plena y que acabaría por abrazar la vida en su integral totalidad. Vale decir, como despliegue en su dimensión horizontal y panorámica, que ya está logrado; y como ahondamiento en su dimensión vertical de profundidad, que es el objetivo a donde se encamina. Esta sería, realmente, el logro de una *conciencia cósmica*. Posiblemente, la *era de la energía atómica*, que ha puesto en manos del hombre una pa-

vorosa y satánica capacidad destructiva, como lo estamos viendo ahora, pero, también, un inconmensurable poder creativo que, probablemente, se desplegará mañana. En verdad, un nuevo viraje de la vida humana, semejante por sus incalculables consecuencias futuras, a uno de los momentos más trascendentales de su existencia. Aquel momento, en que el hombre pasa de la penumbra inicial, de la primitividad casi animal de la prehistoria en sus estudios más inferiores, a la inequívoca y definitiva claridad racional de la verdadera historia. O, acaso, todavía, una etapa de más amplias posibilidades vitales y de mayor calibre creativo. Creemos que ningún profeta sería capaz de medir todas sus implicaciones futuras. Es el sellado secreto que guardan, en tales grávidas coyunturas, las esfíngicas entrañas del tiempo.

Hacia principios del siglo XIX, en el Lejano Occidente, como se le ha llamado algunas veces, en América, se produce un nuevo "asimiento" que reviste importancia decisiva no sólo para nuestro continente sino para el mundo entero. Cuando el "asimiento" del *hecho* está produciendo en Europa sus frutos más logrados y fecundos con el dualismo racionalista de la filosofía positiva, la ciencia experimental del laboratorio y la técnica de la industria y de la máquina, en América inicia la historia un nuevo rumbo creativo que está destinado a tener una larga trayectoria humana bajo la reverberación de una luz suprema: *el sentimiento de la unidad universal con amplitud y significación cósmica*. No se trata ya de la tesis o tópico intelectual de un soñador o teórico eminente, ni de una intrascendente y vacía prédica *idealista*, como tantas veces se ha producido en el mundo, ni de un raptó profético o mesiánico con vistas al futuro, sino de un hecho real que puede percibirse con cierta penetración intuitiva, de una experiencia histórica, de la raíz viviente de un nuevo proceso cultural, que es el resultado de la ampliación de la sensibilidad y de la conciencia del hombre contemporáneo, que se encuentra instalada dentro de nuestra alma, que está, además, frente a nosotros como fenómeno objetivo y que todo lo que pide es que la advirtamos con profundidad introspectiva y agudeza de visión histórica.

La América nueva nace a la vida de la historia bajo el signo y la emoción de la unidad. Washington, Lincoln, los grandes próceres de la independencia y, sobre todo, Bolívar, son verdaderos obsesos, *poseídos* por una emoción central y absorbente: *la emoción de la unidad de sus respectivos pueblos y, por extensión, la del Continente Americano*, frente a la atomización política y cultural de Europa y del resto del mundo. Con mucho acierto, dice Waldo Frank: "Bolívar fue quien concibió la América como un cuerpo orgánico libre y entero, y quien se volvió hacia Estados Unidos como una parte igual y necesaria.

Bolívar fue quien primero vió los dos cuerpos nuevos como una sola integración: el mundo atlántico. (Waldo Frank, *América Hispana*).

En otro lugar he dicho que en Bolívar, América se levanta del colapso de la conquista ya integrada y reconstituida como conciencia de sí misma. La angustia agónica y trágica de Garcilaso que se debate entre dos mundos dispares, se convierte en Bolívar en impulsión unificante y victoria creadora. Todo en el libertador es unidad, concentración, armonía, voluntad indeclinable y despierta, conciencia alumbrada por el sentimiento de la unificación. Pocas veces se dio en un caudillo una tan penetrante y luminosa clarividencia de su misión personal y del destino de sus pueblos. “Lucha y triunfo, dice uno de sus mejores biógrafos, han dejado su marca en el semblante solitario a pesar de que cada una de las diversas partes de su fisonomía tiene su propia peculiaridad, todos estos rasgos convergen entre sí de tal manera que todos contribuyen a la formación del conjunto armónico”. Como pensador político, como estadista, como legislador, como caudillo militar, como soñador en la Anfictionía de Panamá, subyace en los actos, anhelos y pensamientos sobresalientes de Bolívar la gran emoción de la unidad de la especie humana por sobre todas las diferencias de razas y progenies y, como encarnación inmediata de este sentimiento, en su acción directora, la unificación política del continente americano. En un documento suscrito el 31 de diciembre de 1813, Bolívar dice: “A toda costa debe formarse con la América, al ser emancipada, ese Estado magnífico y potente. Es menester que la fuerza de nuestra nación sea capaz de resistir con suceso las agresiones que pueda intentar la ambición europea; y este coloso de poder, que debe oponerse a aquel otro coloso, no puede formarse sino de la reunión de la América meridional”. En otra parte del mismo documento, el Libertador expresa: “después de ese equilibrio continental que busca la Europa donde menos parece que debía hallarse —en el seno de la guerra y de las agitaciones—, hay otro equilibrio, el que nos importa a nosotros: el *equilibrio del Universo*. La ambición de las naciones de Europa lleva al yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo; y todas estas partes del mundo debían tratar de establecer el equilibrio entre ellas y la Europa para destruir la preponderancia de la última. Yo llamo a estó el equilibrio del Universo y debe entrar en los cálculos de la política”. El escritor Rufino Blanco Fombona comentando esta concepción bolivariana, apunta: “Todavía hoy en la primera mitad del siglo XX, siglo y cuarto después del documento sugerido por Bolívar a su Ministro de Estado, esta idea no sólo no ha vuelto a apuntar en cerebro humano, sino menos aún en propósito de estadista. Como se advierte, para Bolívar

ha desaparecido el concepto de patria activa. Este concepto se amplía hasta convertirse en conciencia continental. Esta misma conciencia continental evoluciona y Bolívar se convierte, como se ha dicho, en *conciencia cósmica*". (*El pensamiento vivo de Bolívar*).

Pero, aparte de la encarnación de esta emoción unitiva en los forjadores políticos y espirituales del Continente (estadistas, poetas, artistas y pensadores) que la estudiaremos en otra oportunidad, hay dos hechos patentes y significativos en la existencia histórica del Nuevo Mundo que remarcaremos luego, y que son *como el telón de fondo sobre el cual se borda la vida continental*: uno, de orden sociológico o antropológico, si se quiere; y, otro, de carácter jurídico y político; ambos han sido subrayados, una y otra vez, en mi libro *PuebloContinente*, y en los ensayos que he venido publicando durante estos últimos 20 años.

V. *La dimensión humana y antropológica*

El fenómeno más viable y palmario que se registra en la constitución de la nueva América, a partir del impacto europeo de la conquista es, sin duda alguna, la concurrencia de todas las razas o progenies del planeta, como si se sintieran predestinadas, por derecho propio, a la posesión, disfrute y conquista de la nueva tierra prometida. Esta vez ya no es un pueblo escogido bajo admonición de un dios particular y terrible, como acaeció en la minúscula y lejana Palestina. Son todos los pueblos con sus dioses diversos que vienen presurosos a recoger el patrimonio espléndido que les regala el destino. Sobre el fondo milenario y remoto de origen asiático —como lo piensan Rivert y otros antropólogos— y, verosímilmente, atlántido, también como lo hacen sospechar los estudios arqueológicos de los templos mexicanos y mayas, se dan cita el indio, el blanco, el negro y nuevas inmigraciones sucesivas de progenies asiáticas en los tiempos modernos. Los judíos se hallan presentes también, en esta babélica confusión de lenguas y de sangres aportando los fermentos tradicionales de su raza que actúan sobre el mundo histórico desde hace cuatro mil años.

Este mestizaje de civilizaciones y de sangres ya no tiene un carácter segmentario que se reduce a dos o tres pueblos, más o menos emparentados, o a unas cuantas tribus dispersas ligadas por los azares de la guerra o el comercio, ni está circunscrito a zonas territoriales relativamente pequeñas, como ocurrió, una y otra vez, en el pasado. Son todas las castas del mundo y la tierra prometida es un ingente, vasto y magnífico continente desconocido e inexplorado con que jamás soñara la fantasía humana.

La nueva faena histórica comienza por un inconmensurable y total proceso de desintegración, como si la tierra virginal quisiera romper las rígidas cristalizaciones anteriores de pueblos y de culturas milenarias para extraer de ellas los gérmenes vitales que, coordinados después, en una inédita impulsión espiritual reconstituyesen en verdad, un nuevo mundo en que habrá de lograrse una distinta y más completa integración de la conciencia, del pensamiento y de la acción humanos. Parece que la flor de la nueva civilización que forjará la historia ha de prender sus raíces en el *humus* ingente y cadavérico de una descomposición planetaria. ¡Gleba rica, grasa, exuberante para los futuros sueños y realizaciones del hombre!

Las diversas progenies vienen a la tierra reciente con distintos pretextos, con afanes heterogéneos, con diferentes propósitos y en las circunstancias más insólitas e inverosímiles sin darse cuenta del último designio de su peregrinaje. Ora la codicia del oro, ora el embrujo del poder sobre los demás hombres, ora esclavizados como siervos, ora con la embriaguez del proselitismo religioso, ora con el sueño capitoso y utópico de la libertad, ora como audaces aventureros tras el fascinante misterio de lo desconocido.

Las castas más lejanas y extrañas entre sí se aman, se odian, se combaten; se congregan para fines inmediatos, a veces infames e inconfesables, a veces elevados y generosos; chocan y conspiran unas contra otras, se roban, se traicionan, se matan, se engañan... pero, todas se funden en un crisol común caminando, sin saberlo, hacia una unificación biológica, anímica y espiritual, hacia un nuevo amasamiento de sangres y de sentimientos que sea el compendio o el epítome de todas y, a la vez, el instrumento fisiológico y psíquico de una conciencia más amplificada y universal del hombre. Esta vez, ya no es el bosque, la montaña, los astros, el mar, el animal, el paisaje... lo que *capta* el sentimiento más profundo y acendrado del hombre. Esta vez el hombre americano por un designio arcano y grandioso de la historia, que irrumpe en los hondones abismales de su subconsciente colectivo, queda *asido, poseído* por el sentimiento de la unificación humana. *Por la emoción metafísica de la unidad universal y cósmica.* El hombre por vez primera en la historia *se siente solidario, coordinado por sus cuatro costados con los cuatro costados del Universo.*¹ Nada divino ni humano le es extraño. La América nueva nace bajo este signo, inédita encarnación viviente del amor y la fraternidad humanos en su inmediata y próxima realización histórica. No se trata de un tópico racional y teológico, lo repetimos, no se trata de un dogma, ni de un tema intelectual y académico, sino de una vivencia colectiva, de un nuevo pasmo emotivo; de una verdadera, prístina y auténtica encarnación viva del espíritu

universal a través del sentimiento humano.

De aquí, desde este punto crucial que asume un magno sentido trágico porque, literalmente, en América se crucificaron todas las razas humanas en obsequio de un objetivo superior que ignoraban, arranca la nueva faena histórica. El Continente se constituye así en una inmensa crucifixión y en una prolífica cuna, en la matriz agónica de una nueva e insólita transfiguración humana. Desde hace más o menos un siglo ésta será la raíz primigenia y viviente de la obra que realicen sus pensadores, sus artistas, sus poetas, sus estadistas y sus más grandes hombres de acción. Es fácil seguir el itinerario fulgurante de esta emoción metafísica de unidad cósmica a través del pensamiento, y de la obra de Walt Whitman, Emerson, *Thoreau*, Sarmiento, Martí, Rubén Darío, Vallejo, y de los más recientes poetas y pensadores indoamericanos y, de modo singular, a través del último gran libro del filósofo norteamericano Northrop, *El encuentro de Oriente y Occidente*, que es el esfuerzo más extraordinario y esclarecedor que se haya producido en nuestros días para salvar la encrucijada abisal y tenebrosa del mundo contemporáneo, mediante el sentimiento de la unificación humana. En otra oportunidad transcribiremos los textos de pensadores, poetas y artistas americanos como una demostración indiscutible y diáfana de la presencia de esta raíz viviente, subterránea y nutricia de la época mundial, es decir, de un nuevo y más amplio humanismo, que se ha iniciado en nuestra América.

VI. *La dimensión política y jurídica*

Hay, además, otro fenómeno, palmario, ostensible y evidente para todos, lo que podría llamarse la dimensión política y jurídica de América, que revela en sus senos más recónditos el subyacente sentimiento de unidad en la existencia histórica del Continente. Al abatirse el águila romana quebrándose así el último gran imperio mundial de la antigüedad, su ciclópea estructura política y jurídica se atomiza y recae, incidentalmente, en los antiguos estados-ciudad griegos que se reproducen en Italia con las repúblicas de Génova, Venecia, Florencia y Milán, principalmente; pero, que toma su forma definitiva en los estados feudales que cubren el entero continente europeo. En el aspecto jurídico y político es el primer resplandor remoto de la cultura occidental. El feudo es una pequeña unidad integral y cerrada, política, jurídica, económica y militarmente. El castellano es "señor de horca y cuchillo", jefe hacendario, capitán de las huestes guerreras, administrador de justicia, legislador, ejerce una autoridad indiscutible y soberana sobre el territorio y la población del feudo. El rey no es sino un señor feudal más, "el primero entre sus iguales" y su autoridad so-

bre los demás señores feudales no tiene sino un carácter simbólico, abstracto, convencional y moral, no obstante los diversos estatutos y testamentos que declaraban prestaciones y servicios mutuos. De hecho, la soberanía del monarca sólo se ejerce a plenitud sobre su propio feudo. El castillo es fortaleza, capital del pequeño estado, tribunal, cuartel, cárcel, órgano legislativo, centro de cultura. El feudo es, diríamos, la célula política y jurídica de Occidente y desempeña en su momento una función vital positiva.

Pronto comienzan a surgir las contradicciones internas inherentes al sistema. Europa se convierte en vasto campo de batalla entre los feudos y los señores feudales. El poder real se trueca en el factor constructivo, por excelencia, de la historia. El rey representa, en esta coyuntura, a los pueblos y libra la gran batalla de la nación. El espíritu del tiempo tiene, como siempre, la razón y obtiene la decisión final. Surgen los Pueblos-Estado, las grandes nacionalidades modernas; España, Francia, Inglaterra, tras de una varia y azarosa pugna militar y cada una con sus peculiaridades características. La pequeña célula feudal se ha trocado en un verdadero órgano político.

Nos encontramos frente a la eclosión del nacionalismo moderno con todas sus excelencias vitales y con todas sus aberraciones pugnaces y corrosivas. Es el nuevo dios de la tramoya, el *deus ex machina* que mueve la entera escena moderna. Hacen su aparición la técnica industrial, los grandes imperios coloniales, la arrebatada vesánica por las materias primas y su corolario con las zonas de influencia en el intrincado juego de la balanza del poder y del equilibrio político de los grandes estados en la diplomacia, la potencia financiera del dinero, el racionalismo dualista y experimental de la filosofía positiva, la economía comercial de la ganancia y de la superproducción absurda y antivital, el culto idolátrico del *hecho*, como el tribunal de apelación para todos los asuntos humanos y, lo que es peor, como tasa valorativa y suprema de la Verdad. El lado blanco y positivo del *hecho*, en su momento culminante, fue ciencia experimental sin el lastre y los arreos teológicos y escolásticos de la Edad Media; fue trabajo tecnificado y constructivo; fue bienestar físico y movimiento ascensional para el hombre; fue un impulso prolífico y vital. El lado negro y negativo del *hecho* fue nacionalismo deflagrante, chauvinismo agresivo, materialismo ciego y reptante, pugnacidad de turbios apetitos entre oligarquías corrompidas y ávidas clientelas comerciales, envenenamiento sistemático de hombres, de instituciones y de pueblos.

Este estado de cosas alcanza su crisis y arriba a su clímax más tenso en 1914. Alemania que es la última gran potencia

que llega “al banquete de los recursos naturales de la tierra”, reclama, también su “espacio vital”. Aquí y allá emergen las primeras crepitaciones de la pugna nacionalista. Al comienzo, al observador, las fricciones se le antojan esporádicas, pero, muy luego, se percibe un malestar radical y profundo. Se precipitan y se agudizan las contradicciones políticas y económicas en la estructura general del mundo y hay síntomas explosivos por todas partes. Estalla la primera oleada eruptiva de la guerra. El asesinato de un príncipe en Serajevo basta para prender la chispa y rápidamente el incendio se hace universal.

Empero, no ha terminado sino el primer acto. El tratado de Versalles señala sólo la iniciación de un intermezzo trágico-cómico cargado de tempestados deflagrantes. En Europa se cierne una atmósfera abrasiva que hiere y afila las aristas punzantes de todos los nacionalismos. En este segundo acto hay un nuevo elemento que sólo estuvo solapado en el primer choque, pero, que ahora se demarca con rotunda claridad. El mundo ya no sólo se divide horizontalmente por fronteras, se divide, también, verticalmente, como dimensión de profundidad, en cada país, por ideologías. Fascismo, nazismo, comunismo, democracia, se reparten el mapa con la avidez y el fervor de los viejos proselitismos religiosos. Surgen las “quintas columnas” que desgarran internamente a los pueblos y desempeñan un papel decisivo en la contienda. Recordemos, de paso, la caída de Francia. Estamos en julio de 1939, ante el desenlace catastrófico y total de una época.

El mundo tiene que buscar una nueva forma de convivencia, una nueva estructura política, económica, jurídica y cultural. El nacionalismo y las nacionalidades en su forma anterior resultan ya demasiado estrechos y explosivos para contener y traducir las nuevas realidades históricas. Tiene que romper sus ligaduras constrictivas si la civilización ha de continuar su camino. Ya no son órganos adecuados de expresión para la vida y el espíritu del hombre contemporáneo.

A fines del siglo XV tuvo que liquidarse la forma feudal de la soberanía y la sécula estrecha de la ciudad-estado italiano para alcanzar la forma más amplia de la nación y de los estados nacionales. A mediados del siglo XX el mundo se encara ante el imperativo histórico de romper las restricciones de las soberanías nacionales para alcanzar una unidad política y jurídica superior, para abordar las soberanías de los pueblos-continentes, las grandes unidades de los estados mundiales que ya se perfilan con nítida diafanidad en el universal horizonte de la historia. El órgano político de la nacionalidad debe convertirse ahora en el organismo político del Estado-Continente, en la vigencia histórica del estado mundial.

Hace poco más de un siglo América se adelantó al paso con-

temporáneo de la necesidad histórica. La guerra de secesión, con el genio de Washington y Lincoln, marca la consumación del primer estado mundial de la historia en el sentido moderno de la palabra. Gracias a la profunda videncia, a la intuición unitaria de largo alcance de sus próceres, Estados Unidos logra la nueva gran unidad política, cultural y jurídica del mundo que habrá de integrarse después con la unión del Canadá en un cercano futuro que se encuentra ya a la vista. El pueblo norteamericano obró en el sentido y con el espíritu del tiempo, y una vez más obtuvo éste el triunfo y la decisión finales. Es por esta razón fundamental que América ha comenzado a pensar y obrar en términos mundiales y, por ello, también América está hablando en estos momentos, *urbi et orbi*, como lo hiciera antes el mundo antiguo desde Roma.

Al llegar a este punto cabe hacer una pregunta que pende, como un enorme y angustioso interrogante, sobre el escenario perturbado de nuestros días. ¿Serán capaces los pueblos europeos de abandonar la anárquica atomización política, jurídica y económica que los divide y responder al dramático y clamante llamado de la historia contemporánea, constituyéndose en el Estado-Continente de la Unión Europea? O, ¿acaso, aguarda Europa la misma suerte que a Italia en el siglo XIV, la cual por haberse rezagado en los estados-ciudad del Renacimiento tuvo que pagar bien caro esta carencia de sensibilidad histórica durante el largo lapso de 600 años que la mantuvo a la zaga de las grandes potencias europeas, no obstante el pensamiento orientador y las palabras admonitivas de Machiavello?

VII. *El Estado mundial indoamericano*

Como formando *pendent* o contraparte vital de los Estados Unidos norteamericanos, al sur corre otro pueblo-continente desde el río Bravo hasta el cabo de Hornos que está esperando su último remate político, jurídico y cultural en otra poderosa unidad, el Estado-Continente de Indoamérica como lo pensó y lo soñó Bolívar en los momentos más fúlgidos de su lucha y como lo piensan ahora los estadistas y pensadores más grandes del Continente. El escenario está perfectamente preparado desde hace dos siglos: fusión de las distintas progenies casi en sus últimos estadios de compenetración biológica; una lengua común salvo minúsculas áreas en las Antillas, ya que el portugués del Brasil es una lengua gemela del castellano y no constituye barrera alguna para la comunicación y el entendimiento mutuos: una creencia religiosa también común, de fondo cristiano y católico: una historia y una misión cultural idénticas; una economía y una producción que pueden fácilmente complementarse y coordinarse en vigoroso conjunto solidario y un

nuevo sentimiento y concepción integrales ante la vida.

La unión política de Europa choca con obstáculos formidables que parecen muy difíciles de salvar en este momento porque las fronteras políticas, como ya lo expresé en mi libro antes aludido, corresponden a realidades nacionales económicas, culturales, morales y jurídicas que son connaturales con la vida íntima y espiritual de cada agrupación humana; son fuertes lazos, de tradición, de historia, de cultura, de vida política, de convivencia secular, de hábitos y maneras de vida que tienen un poderoso lastre acumulado, consolidado y reforzado por muchos siglos. La diversidad de las fronteras políticas corresponden a una diversidad de realidades vivientes y activas todavía y son espontáneas, naturales y lógicas, hasta cierto grado, porque los pueblos se confunden con los estados, las realidades políticas y jurídicas traducen las realidades geográficas y vitales.

En América Latina la situación es absolutamente diferente. Desde México hasta Argentina constituye un solo pueblo y las fronteras políticas son enteramente convencionales, artificiales, antinaturales y no responden a ninguna realidad sustancial y viviente. Las fronteras de los estados indoamericanos son el mimetismo, el remedo absurdo y grotesco de la atomización política de Europa que la etapa colonial nos impuso, el rezago de la división administrativa de la metrópoli española.

El pueblo indoamericano es la agrupación humana en grande escala más homogénea que existe hoy en el globo, salvo Estados Unidos, no obstante su diversidad original de sangres y a medida que transcurre el tiempo lo será más aún porque el proceso de fusión se encuentra en sus últimos estadios de compenetración biológica. En comparación con América Latina, Rusia, India, China son conglomeraciones imbricadas de progenies, lenguas, religiones, culturas y costumbres diversas que no han llegado a fusionarse a pesar de los milenios. La tremenda potencia absorbente del Continente americano ha consumado el milagro de la unidad biológica y el escenario básico fundamental está preparado para el gran estado mundial indoamericano del futuro.

VIII. *La unificación del mundo*

Mas, antes de finalizar este estudio debemos observar que los dos grandes procesos, el antropológico y el político que hace poco más de un siglo se ha consumado en América son también procesos mundiales que están en marcha y que habrán de consumarse, a la larga, en todo el planeta. El mundo camina hacia un mestizaje total de razas y de culturas por la fusión de las diversas progenies humanas buscando una integral y nueva

unidad biológica y por la unificación de los sentimientos, de las instituciones, de las ideas, de las técnicas, y de las instituciones sociales, políticas, económicas y religiosas. América no es en este momento sino el inmenso laboratorio histórico de la época y el foco de irradiación de la nueva cultura unitaria e integral en cuyo fondo subyace, como substrato más profundo, *el nuevo "asimiento" del hombre contemporáneo por la emoción metafísica de la unidad cósmica*. Es la nueva dimensión del espíritu y de la conciencia humanos que el hombre logrará en su faena de los siglos venideros.

Varios de los más grandes y agudos pensadores de hoy nos dicen que la tierra se ha empequeñecido geográficamente. A esta realidad nos hemos referido ya antes. Los medios de comunicación, la televisión, la radio, la aviación supersónica y las inmensas posibilidades de la energía atómica han reducido el contacto y la convivencia del hombre a horas, a minutos. La distancia ha dejado de ser obstáculo para la intercomunicación del mundo. Las ideas, las iniciativas, los inventos, los sucesos, los actos culturales, las realizaciones de la ciencia, del arte y de la filosofía son casi simultáneos en el mundo entero, como lo hemos indicado. Las culturas más lejanas y extrañas se entremezclan y se funden. Con el tiempo los diversos pueblos se fundirán también, fisiológicamente, y desaparecerán las progenies y las razas como agrupaciones restrictivas y separadas. Nos encontramos ante un proceso mundial de mestizaje, de acercamiento e integración humanos que hace ya cuatro siglos comenzó en América en escala universal. Refiriéndose a este fenómeno, Alfredo Weber expresa que "si este desenvolvimiento se prolongase indefinidamente llegaría la tierra a quedarse convertida en algo así como una ciudad universal de carácter doméstico. Empero, la tierra no sólo se ha empequeñecido, como ya se apuntó, en el espacio, sino también en el tiempo". (*Historia de la cultura*, Fondo de Cultura Económica).

Pero, junto al proceso que se ha denominado antropológico se desarrolla, igualmente, el proceso político y jurídico de los pueblos y los Estados-Continentes, que ha reasumido la función de las grandes nacionalidades anteriores que se encuentran resquebrajadas totalmente. Sobre la vasta escena contemporánea se delínean ya con evidencia dos estados mundiales que encabezan el drama político de hoy: Estados Unidos de Norteamérica, por un lado, y la Unión Soviética, por el otro. Entre ambos se ha establecido la gran tensión histórica que forja y rige los acontecimientos capitales de nuestra época.

El gran historiador Toynbee, al referirse a este hecho resalante del mundo de hoy, dice lo siguiente: "no hay ninguna razón para que nuestra comunidad occidental no se expanda,

como se han expandido los Estados Unidos, por sucesivas admisiones de estados que soliciten su ingreso, ni tenemos, tampoco, ninguna necesidad de predecir un límite a la unificación progresiva de la humanidad. Porque la misma razón tecnológica que, al inventar la bomba atómica ha hecho de la unidad mundial la única alternativa posible del hombre frente a su autodestrucción, ha hecho, también posible esta unidad poniendo en nuestras manos medios de comunicación que podemos emplear como instrumentos para demoler las barreras psicológicas que la época pre-aérea había creado ante nosotros”.

IX. *Responsabilidad mundial de Indoamérica*

Este mensaje de unidad, que ha comenzado a alumbrarse en las mentes más esclarecidas de nuestro tiempo, la recibió América, como *vox Dei*, como “asimiento” metafísico de su alma, a principios del siglo XIX y lo está propalando desde entonces, *urbi et orbi*, desde hace un siglo hacia el mundo entero. Los pueblos latinoamericanos en esta hora de la historia están obligados por su inmensa responsabilidad presente a pensar, a obrar y a sentir en términos y significación mundiales. El pasado en nosotros —que es grandioso, sin duda alguna, en los dos focos peruano y mexicano— ha quedado radicalmente cancelado en sus estructuras morfológicas, como no ha ocurrido, en tal grado, en ningún otro pueblo que está actualmente en trance de transformación o que ya ha sufrido la más tremenda sacudida revolucionaria. El pasado sólo reviste para nosotros un rango o categoría arqueológicos —tal vez, uno de los más radiantes o esplendorosos del mundo—, que ha quedado sellado para siempre en las criptas sepulcrales. Estamos frente a un nuevo rumbo, como crisálida de la historia contemporánea y ninguna otra agrupación humana en el presente ha cuajado, en tan gran medida su destino como futuro, como realidad íntegramente por venir, por llegar a ser y cumplirse. La tradición en nosotros no tiene, como en Europa una función normativa y configuradora de instituciones, de costumbres, de modos de vida y de formas de expresión cultural y artística. Tenemos un *ethos* y un *pathos* absolutamente diferentes. La tradición debe ser en nosotros inspiración creadora de una realidad plástica y viviente que no está cristalizada sino que comienza su advenimiento; debe ser germen vital de un paradigma humano que no está aquí todavía sino en el futuro... ¡No vaya a ser que Europa esté muriendo bajo la fascinación de su tradición yerta y de sus espléndidos sepulcros y que nosotros seamos arrastrados, también, en un ímpetu suicida de auto-negación simiesca, por la fascinación de nuestra propia muerte y por el esplendor fantasmal y maravilloso de nuestras propias tumbas! ¡Suele

ocurrir, también, que por buscarse así mismo en el cascarón del pretérito con cegado deslumbramiento, sólo se alcanza a caer en la letargia mágica de un embriagante ensueño, que es huida o evasión ante la suprema responsabilidad de nuestro ser auténtico; que es un nuevo ser actual, un ser de hoy, que tenemos que descubrir y forjar, para el presente y para el futuro, con la piedra de toque de nuestra peripecia reciente, con la fricción peligrosa de nuestra circunstancia histórica que nos avienta hacia la cuita quemante y trágica de nuestra nueva vida! ¡Sí, suele ocurrir que por buscarse en el pasado, adorándolo con culto idolátrico, se alcance únicamente a tocar los despojos de su propio cadáver...!

X. *Correlatos de nuestra circunstancia*

He intentado, *a grosso modo*, esbozar lo que me parece la particular configuración histórica de la circunstancia americana. Son un tanto bastos los perfiles que acabo de trazar de los diversos y más ostensibles elementos que la constituyen. No ha sido sino un primer intento de acercamiento a la inmediata realidad continental, a la textura interna de este *Pueblo-Continente*, como le he llamado otras veces, tal como lo veo desde mi modesto ángulo de visión. El campo de miraje es, sin duda muy vasto y, posiblemente, rebosante de fascinantes sorpresas. Ningún pueblo, como el nuestro, hasta ahora, ha tenido el privilegio de asistir con tanta conciencia a la irrupción grandiosa de su destino. Un hecho que puede asemejarse al caso de América, aunque no con su transparencia, podemos encontrarlo, cuando comienza la época de los carolingios, punto de arranque de la actual cultura europea en sus valores más significativos. Entonces, se levantó la voz de Notker, junto con las de los mejores pensadores de ese momento, para anunciar la clausura de una época y el comienzo de una nueva. Quizás por primera vez en la historia la inteligencia racional y la vida — que hubieron de separarse en la faena del pensamiento europeo, la una, para alcanzar su perfección instrumental, y la otra, para afirmar su presencia ineludible ante el entendimiento que vio su impotencia para captarla —, unidas y coordinadas de nuevo, en América, como nunca lo estuvieron antes, emprendan juntas, una inédita y alucinante aventura del conocimiento humano. Tal vez, esa contraposición radical entre espíritu y naturaleza, que hizo, más de una vez, embalsarse al pensamiento europeo en una encrucijada irreductible se desvanezca, luego, en virtud de una nueva visión de la realidad, como ha ocurrido con tantos problemas. Bastó un distinto planteamiento o afirmación de la vida misma para que se desvanecieran ciertas *aporías* que parecían irresolubles. Se vio,

entonces, con claridad que el conflicto sólo residía en un simple formalismo lógico del entendimiento. La razón que ha sido la liberación del hombre moderno, ha sido también, muchas veces, su cepo constrictor, su laberíntica cárcel.

Herederos de la herramienta racional más fina y buida que haya forjado la cultura humana —y que nos legara Europa— tenemos la responsabilidad de usarla con la pulcritud y exigencia rigurosas de su perfección técnica. En esa faena delicada, el Viejo Mundo tejió casi todos los hilos más esplendorosos de su esfuerzo cultural y, todavía continúa haciéndolo con singular maestría que parece insuperable. Las últimas corrientes de su pensamiento —la fenomenológica y su proyección, la existencialista, particularmente; las lógicas matemáticas no aristotélicas y la epistemología no euclidiana, recientes—, nos lo demuestran con palmaria evidencia. Lo que ha logrado ha sido, también al precio del agostamiento de otros supremos valores vitales. Tal es la limitación de la condición humana. Pero, esa ya no es nuestra tarea. La razón sólo superando sus limitaciones inherentes, yendo más allá de sí misma, negándose, hasta cierto punto, alcanza el último destino de su función vital: ser el instrumento esclarecedor, ordenador, sintético, por excelencia del pensamiento y, luego, conducirnos, como de la mano, hasta el quicio de la revelación, hasta el pórtico en que comienza el asombro iluminado y cotidiano de la Vida. Quizás, cierto aspecto inicial de nuestra tarea específica sea *desintelectualizar* la realidad, como se ha dicho, vitalizando su expresin que, en algunas zonas, ha recibido demasiada carga de estructura racional que nos oculta su verdadera y peregrina entraña.

Para expresar y transmitir las intuiciones más profundas de nuestra circunstancia, para esclarecer y discriminar nuestra realidad con diáfana precisión, tenemos que usar esta herramienta perfecta y maravillosa que nos regala el destino como patrimonio y don gratuitos. Sólo con ella seremos dueños, íntegramente, de esas posibles sorpresas facinantes que puedan aguardarnos. Es menestar de ojos interiores, finos y penetrantes para percibirlos. Debemos descubrir los más hondos y trascendentales sentidos e implicaciones de esta circunstancia en las múltiples actividades humanas, en el polifacético quehacer del hombre contemporáneo: arte, filosofía, valías religiosas, ciencia, política derecho, sociología, historia, lenguaje, antropología, etc. Esta es la particular tarea —y no otra— del investigador americano. Sólo así nos iremos acercando a su existencia auténtica y, por ende, a la esencia característica de nuestro ser americano más profundo, a los más recónditos senos de su misión cultural y humana.

Empero, por lo que toca al planteamiento específico del pensar filosófico, más propiamente, metafísico u ontológico,

el ser del hombre americano surge del juego dialéctico entre dos oposiciones radicales, entre dos negativas vitales extremas e irreductibles que se consumaron hace cuatro siglos. Europa, al llegar a América como conquistadora, dice rotundamente: ¡No!, frente a las dos portentosas creaciones culturales de México y el Perú que, en algunos aspectos, son superiores a ella. Dice, *no*, destruyendo, negando, esclavizando, vejando, quebrando, las admirables estructuras de los dos imperios; cerrándose, impermeable, a todos sus valores y realizaciones estéticas, religiosas, técnicas y sociales. Dice, *no*, inclusive, portando un emblema supremo de amor y comprensión humanos, dice *no*, con la Cruz de Cristo en las manos.

La antigua América dice, también ¡No!, frente al destino histórico ineluctable que, un día u otro, habría de ingresar a sus playas, necesariamente, para romper su aislamiento milenario e integrarla, revivificarla y continuarla en nuevas dimensiones vitales, como ocurrió con el sí de Grecia frente a Roma. Dice rotundamente: No —replegándose sobre sí misma en son de repulsa; aferrándose a sus tradiciones y usos de raíces remotos; huyendo hacia las escarpas agrestes de sus cordilleras, sumiéndose en el misterio caliginoso de sus selvas, soterrándose en las criptas funerarias de sus tumbas.

De esta doble antinomia indeclinable ante el apremio de la vida histórica; de estas *nihilizaciones* absolutas: el del ser del hombre europeo por el antiguo americano y el de éste por el rechazo del conquistador; de esta angustia radical ante la *Nada*, de esta tenebrosa y abismática nada, debía salir, como síntesis dialéctica y vital, el Sí afirmativo de la Nueva América, pero, un sí, diferente de las dos negaciones anteriores. *El sí que es el germen auténtico del nuevo ser del hombre americano de hoy*. Pero, éste, será el tema a desarrollarse en un próximo trabajo.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A., Avena 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10,000 ejemplares.

TOMO IX:

81. Víctor Massuh, HOSTOS Y EL POSITIVISMO HISPANOAMERICANO. 82. J. Natalicio González, AMERICA EN EL MUNDO DE AYER Y DE HOY. 83. Eduard Kamau Brathwaite, LA CRIOLLIZACION EN LAS ANTILLAS DE LENGUA INGLESA. 84. José de San Martín, PROCLAMAS. 85. Luis Cardoza y Aragón, GUATEMALA. 86. José Enrique Varona, CUBA CONTRA ESPAÑA. 87. Luis Alberto Sánchez, EL PERUANO. 88. Waldo Frank, NECESITAMOS CREAR UN MUNDO NUEVO. 89. Leopoldo Zea, NEGRITUD E INDIGENISMO. 90. Mariano Picón Salas, AMERICAS DESAVENIDAS.

TOMO X:

91 Daniel Rodríguez, LOS INTELLECTUALES DEL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO EN LA DECADA DE 1890.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo